



STEVE AYAN

Arquitectos del alma

De Viena al mundo:
la invención de la
psicoterapia en el
siglo xx

PAIDÓS

STEVE AYAN

ARQUITECTOS DEL ALMA

De Viena al mundo: la invención de la
psicoterapia en el siglo xx

Traducción de María José Viejo

PAIDÓS Contextos

Título original: *Seelenzauber*, de Steve Ayan

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Gaeb & Eggers Literary Agency.

1.^a edición, mayo de 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Las personas, lugares y acontecimientos que se describen a continuación son reales y están documentados en diversas fuentes. Allí donde había lagunas se han incorporado elementos puramente ficcionales. Aunque se nutren de datos históricos y se respeta la verosimilitud, pertenecen al terreno de la especulación.

© Steve Ayan, 2024

© de la traducción, María José Viejo Pérez, 2025

© de las imágenes del interior, picture-alliance / akg images / Marion Kalter; brandstaetter images / k. A; Science Source; Getty Images / JHU Sheridan Libraries / Gade; Baugeschichtliches Archiv der Stadt Zürich / Ganz Rudolf; Science Photo Library / Library of Congress, Rare Book and Special Collections Division; Fototeca Gilardi; Sabina Spielrein; Otto Gross / Fondazione Monte Verità, Fondo Harald Szeemann; Deutsche Kinemathek / Hans G. Casparius; Wilhelm Reich Infant Trust; John Broadus Watson; Rof Nemitz; Christof Weber; Richard Mittleman / Gon2Foto / Alamy Stock Photo; Pam Walatka; Courtesy Everett Collection; Wellcome Collection 44394i; fine art images; Rudolf Steiner Archiv / Otto Rietmann; Viktor Frankl Institut

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2025

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

En el apartado «Créditos de las imágenes» se encuentran los créditos correspondientes a cada una de las imágenes incluidas en la presente obra.

ISBN: 978-84-493-4270-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 6.982-2025

Impresión y encuadernación en Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

1. El inconsciente	11
2. El sexo	105
3. La ansiedad	151
4. El yo	187
5. Los otros	241
6. El sentido	283
Epílogo. ¿Y qué significa todo esto?	319
 Agradecimientos	 327
Bibliografía	329
Créditos de las imágenes	339
Notas	341
Índice onomástico y de materias	365

El inconsciente

UN INVITADO QUE LLEGA TARDE

Un hombre de baja estatura camina a toda prisa. Con el sombrero bien encasquetado y las gafas mojadas por la lluvia, dobla la esquina de la siguiente calle. Está lloviendo y, encima, se le ha hecho tarde. La reunión empieza a las ocho y media, como todos los miércoles, y al anfitrión no le gusta nada que se llegue tarde. Echa un vistazo a su reloj de bolsillo: ¡la aguja grande ya marca el seis! Por fortuna, está a punto de llegar.

Como la tarde era desapacible y andaba mal de tiempo, había tomado el tren eléctrico para salir del barrio de Leopoldstadt y acercarse hasta Schottentor, al otro lado del Danubio. Desde ahí tuvo que caminar un rato por la Währinger Straße, dejando atrás la Iglesia Votiva, hasta alcanzar la manzana siguiente. Ahora se encuentra ya «en la colina», en plena Berggasse. El luminoso arco del número 19 resplandece desde el otro extremo de la calle.

Avanza con precaución por la arteria en pendiente, tratando de no resbalar. En la entrada de un edificio le llama la atención un anuncio descolorido. «Limpieza de sostenes». Ay, no, «arcenes». Niega con la cabeza. Qué rápido se desvía el pensamiento hacia lo sexual. ¿Será cierto, entonces, que tras las ideas más triviales se oculta esa «libido» que el compañero al que va a visitar considera la fuerza motriz de la psique? Quizá sea como él dice, por muy escandaloso que parezca. ¿Esto solo demuestra que los seres humanos reprimimos lo que nos mueve en lo más profundo?

Una gélida brisa vespertina anuncia el comienzo del invierno. Apenas hay gente en la calle, solo unos pocos transeúntes que caminan a buen paso, ocultos bajo sus paraguas. El hombre que en esos momentos llama al timbre del número 19 es médico —oftalmólogo, para ser exactos— y, a sus treinta y pocos años, el más joven del grupo de facultativos que se reúnen cada semana para intercambiar ideas. El doctor Freud, quien ha tenido la deferencia de invitarle, se acerca ya a los cincuenta. Así pues, es justo que el más joven se reserve sus opiniones particulares. Sobre todo porque en muchas materias no está tan seguro como parece estarlo Freud. Él, el invitado de última hora, intuye que las diferencias de opinión serán considerables; algo grande se está gestando en ese grupo, solo que aún no sabe de qué se trata.

Acalorado por la marcha, nuestro hombre respira hondo unas cuantas veces y, en un instante, la puerta se abre con un chirrido. Al entrar siente como si estuviera accediendo a una nueva y excitante era.

El año 1902 está llegando a su fin y Viena, la orgullosa capital de la monarquía austrohúngara, está a reventar. Hace tiempo que se construye sin descanso. Las calles, sobre todo al este del canal, en el barrio de Leopoldstadt, están abarrotadas de recién llegados de todos los rincones del imperio de los Habsburgo, desde Bohemia y Moravia hasta Bucovina y Transilvania. Semana tras semana, cientos de personas, muchas de ellas judías, llegaban a la metrópolis del Danubio huyendo de la miseria y la persecución en busca de una vida mejor. Según el censo de 1869, un año antes de que naciera nuestro invitado, la población de Viena estaba en torno a los seiscientos mil habitantes, de los cuales cuarenta mil eran judíos, la mayoría procedentes de los territorios orientales de la corona.¹ En los treinta años transcurridos desde entonces, la población se ha multiplicado por tres. Pronto se alcanzarán los dos millones de almas.²

La industrialización llega tarde a Austria, pero con fuerza. Viena bulle de actividad. Se busca mano de obra en todas partes: en las fábricas, en el comercio, en la administración, en los periódicos, los tribunales y la universidad. El paisaje urbano también cambia a velocidad de vértigo: desde que se derribó la muralla medieval para transformarla en un amplio bulvar, el Ring, el centro de la ciudad

está prácticamente irreconocible. Se mire donde se mire, no hay más que símbolos de la importancia de Austria elevándose hacia el cielo: la Ópera y el Parlamento, el Neues Rathaus y el Burgtheater, la Universidad y la Secesión. Por no hablar del Hofburg, la Heldenplatz y Schönbrunn, naturalmente.

En otras zonas, como en los alrededores del Prater, en Leopoldstadt, se construyen bloques de viviendas. Alojamiento barato para las ingentes cantidades de obreros, jornaleros y trabajadores sin cualificación, así como para sus familias. Ahí la gente vive hacinada. Muchos no pueden pagar el alquiler, por eso durante el día arriendan sus camas mientras ellos trabajan catorce o dieciséis horas para sacar adelante a la familia. Las condiciones higiénicas son pésimas; las enfermedades y las epidemias están siempre presentes.

Entretanto, el reinado de Francisco José ha llegado a su quincuagésimo quinto aniversario. La monarquía del Danubio, con su anquilosado ceremonial, parece haber quedado completamente desfasada frente al ritmo acelerado de la nueva época. Desde la Exposición Universal de 1873, en Viena se han introducido numerosas innovaciones: el alumbrado público, la oficina de telégrafos, el tranvía... En los últimos tiempos se ven cada vez más vehículos por las vías urbanas, moviéndose unos alrededor de otros como impulsados por una mano fantasmal. El progreso y la inventiva parecen no tener límites y, en consecuencia, las expectativas de futuro son muy elevadas.

Además de la esperanza en una próxima edad de oro, la nueva era también despierta sentimientos negativos. Muchos se sienten abrumados por el rápido ritmo del cambio y padecen hipersensibilidad y ansiedad. Se propagan enfermedades *à la page* como la neurastenia, mezcla de inquietud y abatimiento, y la histeria, muy extendida entre las mujeres. Son las afecciones del «modernismo vienés», que es como se llamará más tarde a este periodo.

Viena es un crisol de culturas y un campo de experimentación. La vanguardia del arte, la filosofía y la ciencia ensaya aquí nuevas formas de pensamiento y expresión que rompen con una tradición que se considera caduca. A pesar de su diversidad, los innovadores tienen una idea en común: la autodeterminación. Desean tener libertad frente a la coacción y la persecución política, pero también para inventarse a sí mismos según las posibilidades de cada cual. En lugar del ori-

gen y el destino, son la voluntad y el empuje personal los que determinan la suerte del individuo; solamente el talento y la ambición hacen posible que toda persona pueda ganarse la vida según sus capacidades. Puede que la aristocracia siga celebrando bailes de la Ópera y que los proletarios continúen luchando por sobrevivir, pero está visto que la burguesía, en continua expansión, ya ha creado una escala de valores propia. El derecho del más fuerte, que según Darwin se impone en la naturaleza, acaba preponderando en la sociedad. Se afirma que todo hombre forja su propio destino, y esta idea se convierte en el eje central de la nueva era.

Cuando lo antiguo se tambalea, algunos se aferran a ello con más fuerza. Sobrepassados por los cambios de la vida moderna, los sectores más conservadores y escépticos buscan un chivo expiatorio, alguien contra quien luchar para que todo siga como está. No tardan en encontrarlo, porque es el mismo al que se ha recurrido desde hace siglos: el judío. Incluso en la liberal ciudad vienesa se dispara el antisemitismo en cuanto empeora la situación económica. Es lo que sucede, por ejemplo, en el verano de 1873, cuando el joven Sigmund Freud se prepara para entrar en la universidad. La Bolsa de Viena se derrumba de forma repentina debido a la burbuja especulativa generada fundamentalmente por inversores alemanes. Incontables inversionistas pierden su dinero y multitud de empresas van a la quiebra. Se dice que el desplome de la Bolsa es culpa de los judíos. El hecho de que sean ellos quienes pierden grandes cantidades de dinero no cambia el estado de opinión.

Hasta entonces, los judíos tenían más posibilidades de ascender socialmente en Viena que en otros lugares. Allí se les permitía adquirir tierras y hacer carrera en la administración. Hacia 1890, alrededor del 50 % de los médicos, abogados, profesores y funcionarios de la ciudad eran de religión judía, en una época en que la comunidad hebrea constituía algo menos del 10 % de la población. Muchos de los judíos que se habían asimilado o convertido al cristianismo eran igualmente presa del resentimiento antisemita; sus orígenes constituían un estigma, porque a los individuos de ascendentes judíos se los consideraba falsos, taimados y ladinos. Nuestro invitado de última hora también está pensando en hacerse protestante, aunque por razones de orden práctico: los no judíos tienen más posibilidades de con-

seguir un empleo bien remunerado en la universidad o en el Hospital General.³

En este periodo de agitación, en los albores del siglo xx, Viena es un «hervidero de ideas».⁴ En la ciudad reside un conjunto de creadores tan hábiles como productivos, entre los que figuran los pintores Egon Schiele y Gustav Klimt, los escritores Hugo von Hofmannsthal, Arthur Schnitzler y Hermann Bahr, los compositores Arnold Schönberg y Gustav Mahler, los arquitectos Otto Wagner y Adolf Loos, así como el periodista Karl Kraus y la *salonnière* Lou Andreas-Salomé. Todos ellos desprecian la estrechez de miras y la huera pomposidad, al tiempo que se rebelan contra la exaltación general de la razón y el progreso. La muerte y el erotismo son sus temas predilectos.

«Las vanguardias artísticas e intelectuales de finales del siglo xix daban por sentado que tras la fachada de la racionalidad se ocultaba algo completamente diferente».⁵ Para que el individuo pueda desarrollarse, hay que conquistar primero la oscura *terra incognita* del alma, gobernada por las fuerzas del deseo y la violencia. El ser humano tiene que dominar sus demonios interiores, su inconsciente, si quiere ser dueño de sí mismo. El joven Adler, a quien hemos dejado en el pasillo, entregando a la criada su abrigo mojado, no tiene la menor duda de ello.

Por lo tanto, a comienzos del siglo xx se estaba produciendo en Viena un cambio de mentalidad verdaderamente trascendental. Y los miembros de aquella sociedad que se reúne los miércoles por la noche en Berggasse 19, en el distrito 9, se consideran la punta de lanza de este nuevo enfoque.

Solo hay unos escalones hasta el entresuelo. El recién llegado se detiene un momento para limpiarse las gafas y secarse el sudor de la frente y, acto seguido, entra en la sala de espera, donde el resto de los invitados ya están sentados y fumando. Allí está Wilhelm Stekel, impecablemente vestido, como de costumbre, y de buen humor. También están presentes Max Kahane, algo más sosegado, y el introvertido Rudolf Reitler. En el otro extremo de la estancia, de espaldas a la galería, se encuentra el organizador del encuentro, que mira a Adler y le hace un gesto amistoso con la cabeza.

Durante el día, los pacientes de Freud pueden contemplar los castaños del patio a través de aquellos grandes ventanales. Su consulta, dice, va muy bien, a pesar de que el libro de los sueños no haya alcanzado todavía el éxito esperado. Apenas se han vendido unos centenares de ejemplares y las críticas se pueden contar con los dedos de una mano.⁶ De todas formas, no tiene nada de extraño que sea ignorado y rechazado, concluye Freud. El poder del inconsciente y su fuerza motriz, la libido —pero, sobre todo, el efecto patológico de los deseos sexuales reprimidos—, resulta perturbador, y nadie quiere saber nada de eso. Sin embargo, al ver cómo sus invitados menos convencidos asienten enseguida con la cabeza, Freud se reafirma en su convicción de haber descubierto una verdad profunda.

Alfred Adler siente que se encuentra en el lugar adecuado por un motivo distinto. Un hombre llamado Viktor Adler —con quien no está emparentado ni por sangre ni por matrimonio— vivió con su esposa en esa misma dirección, en un modesto edificio de una sola planta que precedió al actual. Este Viktor Adler era médico como él y en su consulta atendía a las clases más desfavorecidas. En 1889 fundó junto con algunos correligionarios el Partido Socialdemócrata Obrero de Austria, en el que también militaba el Adler oftalmólogo. Para ellos, la liberación del proletariado era solo cuestión de tiempo, el futuro estaba en manos del socialismo, de eso no había duda. Habrá que ver si al psicoanálisis le aguarda el mismo destino prometedor.

A finales de la década de 1880, la vivienda de Viktor Adler fue derribada y en su lugar se construyó un edificio señorial de cinco plantas. En septiembre de 1891, Sigmund Freud, neurólogo privado, se instaló allí con su mujer, Martha, su hija Mathilde y sus hijos Jean-Martin y Oliver. Hasta 1895 tendrán tres hijos más: Ernst, Sophie y Anna.

Ahora, Anna, la benjamina, está a punto de celebrar su séptimo cumpleaños. La residencia de los Freud se encuentra en la planta principal, justo encima de la consulta. Por la mañana, a la hora de comer y por la noche, cuando se ha marchado el último paciente y ha terminado de atender la correspondencia, Freud recorre arriba y abajo los dos tramos de escalera que separan ambas plantas. De este modo, el trabajo y la vida privada están separados, pero estrechamente relacionados.

Adler conoce a Freud desde hace tres años, pero todavía no sabe a qué atenerse. Fumador empedernido —su tabaco favorito son los pu-

ros habanos, aunque generalmente se conforma con los Trabucos, bastante más económicos—, el doctor Freud es también un experto coleccionista de piezas de arte antiguo, que suele traer de sus viajes al sur. La sala de tratamiento parece más un museo que una consulta.

La voz de Freud es cálida y su opinión, firme, pero en su forma de comportarse resulta distante, casi inaccesible. Le gusta adoptar un tono irónico, pero tolera mal la crítica y la contradicción. Y luego están sus tratamientos. Lo único que hace es escuchar a sus pacientes, en su mayoría mujeres de posición acomodada, hablar durante varias horas a la semana e interpretar lo que dicen. Deben hablar sin censura y contar cuanto les venga a la mente, por muy insustancial o embarazoso que les parezca. Freud denomina a esto «asociación informal». Antes pide a las damas que se recuesten en un diván cubierto de cojines y colchas que le había dejado en herencia una de sus pacientes. Desde su asiento, Adler ve a través de la puerta abierta un pedazo del mueble, situado bajo el oscuro tapiz de la pared.

¿Y por qué exige tanta franqueza? Porque Freud cree que, bajo los pensamientos y asociaciones que salen a la luz, se hallan enterrados recuerdos cuya represión es la causa de la ansiedad, de las compulsiones y hasta de la histeria. Al llevar a la conciencia de las pacientes los deseos y afectos no resueltos, les muestra un camino hacia la curación. Más que médico, Freud es un arqueólogo que se adentra en las cámaras funerarias del alma.

Sin embargo, el éxito de su método le da la razón. El ajetreo de la gran ciudad y sus contactos en los círculos acomodados le aportaban clientes más que suficientes para mantener holgadamente a la familia. Solicitaban sus servicios más que nada pacientes histéricas, que se quejaban de dolores inexplicables, lagunas mentales, alteraciones del habla, espasticidad y parálisis. La histeria era, junto con la neurastenia, el mal por excelencia de aquella época. Afectaba casi exclusivamente a las mujeres, y por eso se impuso ese nombre científico derivado etimológicamente de *hystéra* («útero» en griego). Pero la causa exacta del misterioso trastorno seguía siendo un enigma.

Adler aún recuerda la honda impresión que le causaron los *Estudios sobre la histeria*, publicados por Freud junto a su compañero Josef Breuer en 1895. En ellos describen varios casos de su práctica clínica en los que habían aplicado un nuevo método de tratamiento. Al



[1] El mueble más famoso de la historia de la psicología:
el diván de la consulta de Freud en la Berggasse.

evaluar los resultados obtenidos, Freud y Breuer concluyen que «el histérico padece fundamentalmente de reminiscencias». En otras palabras, recuerdos tan opresivos o desagradables que no pueden entrar en la conciencia, sino que resuenan en la parte inaccesible de la psique hasta que acaban emergiendo en forma de síntomas. Para curar al enfermo, es necesario sacar a la luz esos recuerdos, al menos en parte, y saber interpretarlos correctamente. Si los pacientes son capaces de dar salida al afecto reprimido, los síntomas desaparecen. Freud y Breuer hablan aquí de catarsis.

Cuatro años después, y habiendo efectuado ya muchos más tratamientos, Freud publica un nuevo estudio. A finales de 1899, el 8 de noviembre, para ser exactos, el editor Franz Deuticke saca al mercado

La interpretación de los sueños, con el año 1900 en la portada, como si quisiera adelantarse al futuro. Para algunos, la obra es una relevación; para otros, una simple impostura. Pero nadie se percata aún de lo explosiva que es.

PROFESIÓN EN LUGAR DE VOCACIÓN

En aquella tarde lluviosa de finales de 1902, a ninguno de los cinco caballeros reunidos en la consulta de Freud se les pasó por la cabeza que allí se estuviera gestando una revolución. Y, sin embargo, eso es lo que fue el psicoanálisis, el nuevo tratamiento psicológico ideado por Freud,⁷ puesto que alteraría por completo la autocomprensión del individuo, así como la forma de tratarse a sí mismo y a los demás. Su idea central es que todo lo que se experimenta conscientemente tiene un sentido oculto más profundo. Cada expresión emocional —sentimientos, pensamientos, recuerdos, deseos, incluso errores, miedos o dolores— remite a otra cosa; tiene, digamos, «algo que decir». El hecho de que haya una verdad esperando a ser desentrañada tras las máscaras de la represión va a ser el tema central de la nueva psicología del inconsciente.

El epicentro de este terremoto es la sala de espera del doctor Freud en Berggasse 19, cargada de palabras y de humo; y la elección del tema de la primera velada de la Sociedad de los Miércoles no puede haber sido mejor: el hábito de fumar. En la sala se espesa cada vez más el aire. Martin, el primogénito de Freud, recordaba años más tarde que una vez entró en la sala después de uno de aquellos encuentros, ya de madrugada, y no pudo entender cómo podían respirar o pensar siquiera en aquel ambiente tan cargado.

Hay puros y cigarros a disposición de los invitados, pero el anfitrión en esos momentos fuma solo en pipa, en beneficio de su corazón, aunque la carga muy a menudo. «Pocas veces he visto a un hombre fumar tanto», apunta Stekel. Este se había puesto en contacto con Freud a principios de 1900 tras leer una reseña de *La interpretación de los sueños*. Fue él quien le sugirió que creara un grupo de discusión para transmitir sus ideas. El productivo Stekel, que publica muy a menudo en la prensa, se convierte en poco tiempo en una es-

pecie de agente de relaciones públicas del recién nacido psicoanálisis. A la mañana siguiente de aquella primera reunión escribe un informe sobre la velada en casa de Freud, que aparecerá publicado en el *Prager Tagblatt* del 28 de enero de 1903 bajo el título «Conversaciones sobre el tabaco».

En su relato, todos los intervinientes aparecen con seudónimo. Él se presenta como «el Inquieto», mientras que Adler es «el Socialista». Kahane, antiguo compañero de Freud en el Hospital General de Viena, es bautizado como «el Relajado» y Reitler, como «el Silencioso». Y, como es natural, también está «el Maestro». Rápidamente se ponen a hablar de los efectos estimulantes del tabaco, que según ellos potencia la creatividad y la reflexión. Stekel recuerda que sus primeras tentativas como escritor coincidieron exactamente con la época en que empezó a fumar. «Eso solo ratifica mi suposición de que fumar socava la autocrítica», se burla Kahane. A lo que Freud responde: «Muy ingenioso de su parte, pero también perverso». «¡Y falso!», replica Stekel.

Freud confiesa que los puros le producen una especie de narcosis, una «sensación de bienestar anímico». Se fuma unos veinte al día, porque, según dice, necesita tener «algo caliente entre los labios». La forma fálica, la asociación con la succión infantil del pecho materno, si es que se planteó en el curso de la discusión, Stekel no lo menciona. ¿Cómo podría haber escrito a las claras sobre algo así en una publicación periódica? Tan solo cita un comentario del «Socialista», quien habría afirmado que «fumar, en muchos casos, tiene implicaciones sexuales». Su observación queda, no obstante, sin respuesta: ninguno de los presentes quiere convertir la asociación en un club de confesiones ya en su primer encuentro.

Para organizar las reuniones posteriores, Freud establece la manera de proceder: se empieza con la exposición de un trabajo, a continuación se sirven café y pastelillos y todos los participantes se dedican a consumir los cigarros y cigarrillos que tienen a su disposición en la sala. Después empieza la discusión y comentan por turnos lo que se ha expuesto. Freud se reserva siempre la última palabra. Dependiendo de la necesidad de hablar, en ocasiones interviene ya pasada la medianoche.

Sin embargo, como pronto veremos, Stekel no es demasiado preciso. Sus compañeros sospechan que tergiversa a su antojo algunos

detalles de los tratamientos que se presentan ante el grupo. Puede que hasta se los invente, porque en cuanto se habla de un conjunto interesante de síntomas, él apunta enseguida: «Esta misma mañana he conocido a un paciente exactamente como ese...». Los «pacientes de los miércoles» de Stekel llegarán a ser legendarios.

En su exposición, Freud aparece como una figura de autoridad amable a la que nunca se cuestiona. Es muy poco probable que haya confesado a sus invitados que se dedicaba a la medicina de mala gana. «No sentía ninguna predilección especial por el puesto y el trabajo de médico, ni tampoco después», escribió en un autorretrato veinte años más tarde.⁸ En un principio, había querido labrarse una carrera en la universidad y convertirse en investigador. Su especialidad era la neuropatología, es decir, los cambios patológicos del sistema nervioso. Pero, por más que lo intentó, no consiguió ningún gran descubrimiento. Y, claro, la competencia no se durmió en los laureles.

Hacia finales del siglo XIX, la Universidad de Viena reunía a numerosas luminarias. Entre sus profesores se encontraban, por ejemplo, el psicofísico y filósofo Ernst Mach, el zoólogo Carl Claus (para quien Freud diseccionó, al término de sus estudios, cientos de anguilas en busca de sus testículos), el anatomista Hermann Nothnagel y el investigador del cerebro Theodor Meynert. Freud trabaja inicialmente como ayudante de este último, y después, tras doctorarse a finales de marzo de 1881, con el fisiólogo Ernst Wilhelm von Brücke, un engolado y carismático profesor de Prusia. Entre otras cosas, trabajó en una técnica de tinción para hacer más visibles al microscopio las células del cerebro. Pero se le adelantaron.

En 1884, Freud se puso a experimentar con el efecto euforizante de los alcaloides presentes en las hojas de coca. Consumió él mismo la sustancia, que encargó a la empresa Merck de Darmstadt, ¡y quedó encantado! Hasta envía unos gramos a su prometida, Martha Bernays, por correo postal para que la pruebe también. Freud ya no se siente melancólico. Y ciertamente tiene motivos para albergar ese sentimiento, ya que la madre de Martha se había trasladado junto con su hija a la lejana Hamburgo. Es muy posible que quisiera romper la relación de su retoño con aquel físico mediocre, hijo de un empobrecido comerciante de Mähren. ¿Qué haría Martha con alguien así? Ese no era el partido que ella tenía en mente para su hija mayor.

Freud se apresura a escribir un tratado sobre aquella droga milagrosa y viaja a Wandsbek para volver a ver a su prometida. A su regreso, semanas más tarde, se da cuenta de que ha vuelto a perder una oportunidad. En lugar de escribir ensayos académicos, su colega Carl Koller buscaba un uso práctico para la cocaína, y lo encontró como anestésico local para operaciones oculares. Como la anestesia general producía unas convulsiones incontrolables, los pacientes tenían que soportar las operaciones en estado consciente. A Koller sus gritos le rompían el corazón, así que pensó en una alternativa: instilarles unas gotas de solución de cocaína en el ojo, y acertó, porque el enfermo se volvía insensible al dolor en un pispás. De este modo, se pudo acabar con el horrible sufrimiento de los pacientes quirúrgicos.

El profesor Brücke trató de convencer a Freud de que cambiara de rumbo. Su amigo Josef Breuer, catorce años mayor que él, también insistió en que la carrera académica no era un camino cerrado, pero que era poco probable que pudiera llevarla adelante. En cambio, como médico particular podría ganar en poco tiempo el dinero suficiente para formar un hogar. Y esto es lo que Freud se había propuesto conseguir a sus treinta años, porque estaba profundamente enamorado de Martha.

¿Qué clase de persona es Freud? No es alguien fácil, desde luego. Se trata, probablemente, de la figura más contradictoria de la variopinta y controvertida comunidad que forman los primeros psicoanalistas. Freud es a la vez jovial e irascible. Insiste en el carácter científico de sus hipótesis sobre la vida psíquica, pero reivindica para ellas una verdad que, por lo demás, solo reclaman las comunidades religiosas. Freud experimenta el antisemitismo y, sin embargo, se presenta como un individuo más aislado de lo que está en realidad. Escribe sobre la adicción y las formas de curarla, pero está fuertemente apegado al tabaco y, por lo visto, también al juego (no pasa un día sin jugar al tarot). Suprime la separación entre la vida psíquica normal y la patológica, pero estigmatiza a los discípulos rebeldes tildándolos de «neuróticos» o de ser unos «individuos fijados en lo anal». Considera el sufrimiento mental como el resultado de traumas ocultos, pero no tiene ningún afán de reforma social; al contrario, según él, el principio del placer, que rige el

aparato psíquico, choca inevitablemente con las exigencias de la convivencia civilizada, es decir, con el principio de realidad. Su técnica de tratamiento tenía un efecto catártico y, sin embargo, según Freud, solo transformaba «la angustia neurótica en sufrimiento común y corriente». El hecho de que más tarde se refiriese a ella como «tarea imposible» atestigua su falta de optimismo en el plano terapéutico.

Ya desde niño Sigmund tiene una relación ambivalente con su padre, Jacob Freud, un comerciante de tejidos oriundo de Freiberg, hoy Příbor, en Moravia, que no había tenido suerte en los negocios. Vacila entre el respeto y el desprecio por el anciano. A los diez o doce años, su padre le cuenta la siguiente historia. Un día iba caminando por las calles de Freiberg, cuando, de repente, un antisemita le arrancó el sombrero de la cabeza y se lo tiró al suelo. «Judío, sal de la acera», le gritó el hombre. Y, en lugar de defenderse, el padre recogió en silencio el sombrero y siguió su camino. El joven Freud queda horrorizado ante semejante cobardía.

Cuando murió Jacob Freud, en 1896, Sigmund no asistió al sepelio. Llegó tarde incluso al convite del funeral, para disgusto de sus hermanas, que cuidaban del padre enfermo mientras Sigmund estudiaba. El antiguo mito griego de Edipo, que (sin saberlo) mata a su propio padre y se casa con su madre, también resuena en el pensamiento de Freud por razones biográficas. Con el tiempo, desarrolló una importante teoría psicológica sobre la base de este mito.

Nacido en Freiberg el 6 de mayo de 1856, Sigismund Schlomo Freud ya era desde niño todo un carácter. Leía muchísimo y en el instituto fue siempre el primero de la clase. Su afán por aprender no iba a la zaga de su intransigencia. De adolescente, se hace llamar Sigmund, para abreviar, y decide que no le interesa la religión, a pesar de que su familia practica los ritos judíos. En una de las muchas misivas que escribe a su prometida, Martha, reconoce más tarde que tiene, «ciertamente, predisposición hacia la tiranía».⁹

Cuando el pequeño Sigmund cuenta cuatro años, el padre se traslada a Leipzig con su segunda esposa, Amalie, veinte años menor que él (algunas fuentes dicen que era la tercera), para dedicarse al comercio textil; pero no le conceden la residencia. En Viena, la familia, se instala finalmente en el distrito de Leopoldstadt, el barrio tradicional de los judíos. Sigmund es el mayor de siete vástagos: tiene cinco her-

manas y un hermanito, Alexander, el último de la prole, que vino al mundo en 1866. Julius, nacido un año y medio después que Sigmund, muere siendo un bebé. El primogénito ocupa desde muy pronto una posición especial, ya que los padres reconocen su talento y esperan que traiga prosperidad a la familia. En el piso donde viven los Freud, Sigmund es el único que dispone de gabinete propio para poder estudiar sin ser molestado. Cuando se queja de que los ejercicios de piano de su hermana no le dejan concentrarse, se retira inmediatamente el instrumento de la casa. En el verano de 1867, durante una visita al Prater, un adivino predice que el chiquillo hará algún día carrera en las altas esferas, noticia que sus padres acogen con satisfacción. Una carrera como funcionario, tal vez incluso un cargo ministerial, satisfaría todas sus expectativas.

Sin embargo, al terminar el bachillerato, el joven Freud se pone a estudiar Medicina. Una conferencia sobre el ensayo «La naturaleza», atribuido a Goethe, le había hecho abandonar la idea de convertirse en abogado. Freud se une a un club de lectura en el que se entablan intensos debates sobre Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche. La mayoría de los miembros se han alejado del judaísmo y se ven a sí mismos como marginados. El propio Freud escribió retrospectivamente sobre esta época: «La universidad, en la que ingresé en 1873, me provocó al comienzo algunas notables decepciones. Sobre todo me dolió la insinuación de que debería sentirme inferior y extranjero por ser judío».¹⁰

En las cartas que envía a sus amigos, el Freud estudiante se nos presenta como un individuo altivo, ambicioso, burlón y severo en sus juicios. También se aprecia que es rencoroso: Freud no olvida las ofensas que se le infligen, así que cuando rompe con alguien que le ha decepcionado lo hace para siempre. En cuanto a su ambición, se vio posiblemente alimentada por el hecho de que, tras el fracaso empresarial del padre, la familia atraviesa momentos de penuria.

Además de los seis hermanos de padre y madre, Sigmund tiene dos hermanastros del primer matrimonio de Jacob. Uno de ellos, Emanuel, es mayor que su propia madre, Amalie, y, en opinión de Freud, el otro, Philipp, hace mejor pareja con su joven y hermosa madre que el padre. Los dos hermanastros se marchan a Manchester a mediados de la década de 1860 y Freud los visita en 1875.